

# Morir en Azcapotzalco

Vicente Quirarte

*¿Qué habría pasado si H. P. Lovecraft se hubiera instalado en la Ciudad de México? Esta pregunta lleva al poeta y ensayista Vicente Quirarte a presentar el esbozo de Robert Barlow, un joven discípulo del gran autor estadounidense de narrativa fantástica que se dedicó a los estudios prehispánicos, a raíz de la publicación en español del libro Media docena de pesadillas, que reúne textos producto de la colaboración entre Lovecraft y Barlow.*

Imaginemos la siguiente historia. Gracias a la contribución económica de los amigos y admiradores de Howard Phillips Lovecraft, a principios del año 1937 el paciente es trasladado de Providence al mejor hospital de Nueva York. Tras una larga y complicada operación, se controla la enfermedad que le devoraba el estómago. Para restablecerse, acepta una vez más la hospitalidad de su joven amigo Robert Hayward Barlow en De Land, Florida. El clima tropical, la compañía de su hermano por elección, las caminatas por los deslumbrantes alrededores lo hacen recuperar paulatinamente fuerzas. Gracias a que Barlow se ofrece a pasar en máquina la barroca y profusa caligrafía de Lovecraft, el maestro vuelve con renovados ánimos a la escritura.

Esa forma casi paradisiaca de existencia se interrumpe cuando se exacerban las relaciones, de por sí difíciles, de Barlow con su familia. Los amigos deciden buscar otras perspectivas. No obstante la inicial resistencia de Lovecraft, cruzan la frontera hacia México. En la capital, se alojan en el hotel Geneve, en la calle Londres de la colonia Juárez, semejante en su atmósfera al hotel

Biltmore en Providence. Un día, mientras desayunan, Barlow recibe un telegrama: el fallecimiento de una tía lo deja como heredero de una fortuna considerable. Aunque ambos amigos han visto varias casas descubiertas por Lovecraft en sus caminatas por la colonia Juárez, que le evocaban las de su ciudad natal, Barlow decide llevar a cabo otra empresa que lo conduzca con su amigo a un escenario urbano aun más anclado en el pretérito: en la calzada Azcapotzalco se extasían ante las mansardas, los portales, los jardines bien cuidados de las casas que a principios del siglo XX fueron construidas como quintas de verano en la colonia entonces llamada El Imparcial.<sup>1</sup> Encuentran la que más agrada a Lovecraft. Por fortuna, está en venta y Barlow puede pagarla de con-

<sup>1</sup> Escribe Teresita Quiroz Ávila: “Esta moderna urbanización campestre refleja el deseo de ‘orden y progreso’ que imperaba en el Porfiriato, que se dejaba ver en la promoción que se hacía de la mejor zona de Azcapotzalco como una de las mejores para vivir, con excelentes condiciones higiénicas de agua y aire dadas por su localización, a diferencia de otras zonas del centro de la ciudad altamente insalubres”. “Reflejos del prestigio porfirista” en *Azcapotzalco, Artes de México*, edición especial, diciembre de 2010, p. 44.

tado. Lovecraft vive su etapa más plena. Se hace cliente habitual de la Lagunilla y puebla la casa con antigüedades. Los salvajes mestizos no resultan serlo tanto, como lo había notado implacablemente en relatos como “Horror en Red Hook” o “La desaparición de Juan Perucho”. El monto de la herencia recibida por Barlow les permite darse el lujo de establecer una editorial que se llamará, en español, La Casa Evitada, en homenaje al relato extenso de Lovecraft “The Shunned House”, tan querido por Barlow. La nueva editorial está consagrada a la literatura fantástica y recibe manuscritos de diversas partes del mundo que están intentando llevar el género a alturas mayores. Lovecraft aprende español para leer en su idioma original el relato “El Aleph” de un argentino llamado Jorge Luis Borges, que en opinión de Barlow guarda semejanzas con “Los perros de Tíndalos” de Frank Belknap Long. Más adelante le van llegando noticias sobre un escritor de fantasías llamado Juan José Arreola y otro que conjura fantasmas bajo el título de *Pedro Páramo*. En la buhardilla más elevada de la casa, Lovecraft escribe sus mejores historias. Desde su ventana puede mirar el campanario de la parroquia de los apóstoles Felipe y Santiago y evocar la atrayente leyenda de que la hormiga en ella representada llegará un día a la cima del campanario para dar fe del fin del mundo. Da inicio a una novela que llevará por título *La hormiga de Azcapotzalco*.

El proyecto de Barlow y Lovecraft resulta un éxito no sólo editorial sino comercial. La entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra propicia en México una bonanza económica sin precedentes. El día de la firma del armisticio, Lovecraft pierde su propia batalla. El cáncer estomacal, el gusano conquistador, regresa por sus fueros. En su funeral se encuentran pocos pero selectos acompañantes. Uno de ellos, Francisco Tario, un joven silencioso, apuesto, callado y bien vestido, el discípulo mexicano más próximo a Lovecraft. Barlow vive hasta el año ochenta de su edad, tras haberse consolidado como un respetado y próspero editor cuya mayor satisfacción es haber defendido el legado de su amigo y mentor.

La verdadera historia no fue así pero pudo serlo. Me lleva a conjeturar tal ucronía la publicación del libro que, bajo el título *Media docena de pesadillas*, reúne por primera vez en español los relatos surgidos a partir de la colaboración entre el maestro Lovecraft y el más joven de sus acólitos, Robert Hayward Barlow, que se acercó al solitario de Providence cuando el primero tenía trece años de edad. La edición fue financiada por la Delegación Azcapotzalco y su iniciativa nació de la voluntad de varias jóvenes entusiastas de Lovecraft y la literatura fantástica. La idea original fue de Mari Carmen Esteve, editora del libro, e incluye la traducción de Brissa Rodríguez Castañeda, las ilustraciones de Tania Ortiz y el diseño de Mayanin Ángeles: cuatro mujeres unieron su

talento y su respectiva disciplina para hacer posible este homenaje al misógino Lovecraft y a Howard Barlow, uno de los mexicanos por elección más notables y enigmáticos que han pisado nuestro domicilio.

La estancia de Barlow en México es una de las más secretas en los anales del exilio de estadounidenses en nuestro país. A la muerte de Lovecraft, se trasladó a México para centrarse en estudios de arqueología mesoamericana. De ella aprendió en pocos años lo que a otros les lleva toda una vida, hasta convertirse en autoridad y referencia obligada. Así lo describirá Lovecraft en una carta:

Mi joven anfitrión [...] es un verdadero y brillante niño prodigio de sólo 16 años pero inmensamente maduro para su edad. Es el hijo de un coronel retirado a causa de su precaria salud, y que ahora se encuentra de viaje por el norte. Un hermano mayor, también ausente, es un activo oficial del ejército. El joven Barlow es extremadamente versátil: escritor, pintor, escultor en barro, jardinero, bibliófilo y otras habilidades a pesar de tener en contra su mala vista. En el otoño piensa ir al norte a una sesión con expertos ocultistas que le han prometido cierta cura.<sup>2</sup>

Su descripción personal del joven Barlow es aun más prolija y detallada en esta otra epístola dirigida a Hellen Sully:

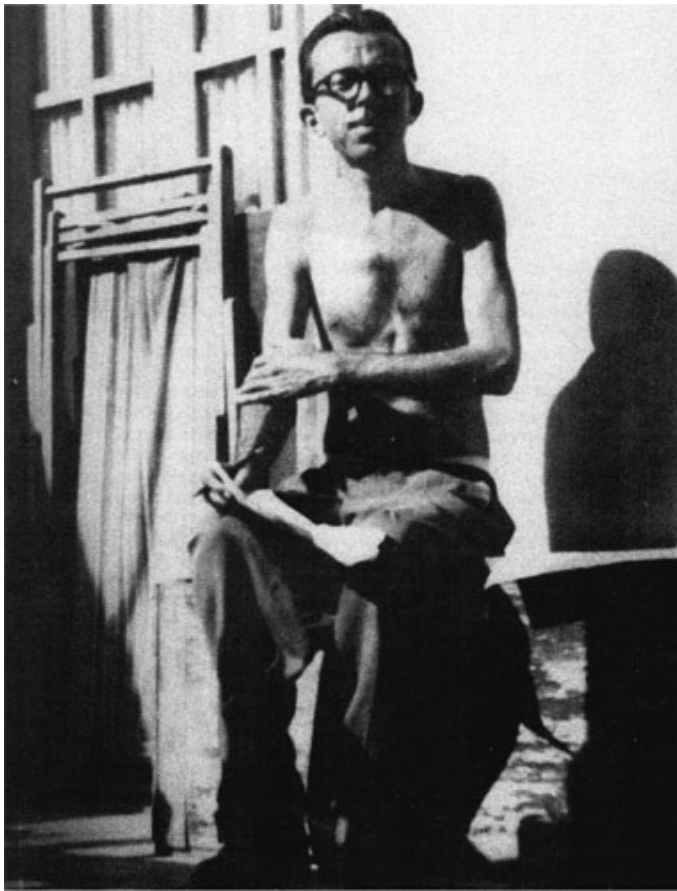
Nunca antes en el curso de mi vida he visto un niño más versátil. Es escritor, pintor, escultor, impresor, pianista, diseñador, fabricante y manejador de marionetas; arquitecto del paisaje; campeón de tenis, experto en ajedrez, encuadernador, bibliófilo, coleccionista de manuscritos y dios sabe qué tantas otras cosas. Deberías ver el bajorrelieve de uno de mis monstruos ficticios (Cthulhu) que está modelando con simple barro de Florida. Eso y la estatua de Gensa, la diosa elefante (prototipo de la Caugnar de Belknap) que está haciendo para un amable, excéntrico y viejo amigo [...] en Buffalo!<sup>3</sup>

La historia, más extraordinaria que la realidad, vuelve a Barlow mexicano. Aquí decidió vivir. Y morir. Las notas aparecidas en los periódicos mexicanos vuelven su fallecimiento tan enigmático como el de Robert Blake y otros jóvenes que se enfrentan al misterio prohibido en varias de las mejores historias de Lovecraft.

El fin del año 1950 fue uno de los más rojos en la historia de una acotada pero creciente Ciudad de México. La caricatura de *Excelsior* del primero de enero de

<sup>2</sup> Howard Phillips Lovecraft, *Lord of a Visible World. An Autobiography in Letters*, edited by S. T. Joshi y David E. Schulz, Ohio University Press, 2000, p. 296.

<sup>3</sup> *O Fortunate Floridian. H.P. Lovecraft's Letters to R.H. Barlow*, edited by S. T. Joshi & David E. Schulz, University of Tampa Press, 2007, p. XIV.



© James Raymond Boyer



R. H. Barlow escribiendo y tomando el sol a las puertas de su casa en Azcapotzalco poco antes de su muerte, 1950

H. P. Lovecraft

1951 representaba a un mundo que enfrenta el nuevo día con una bolsa de agua y un insufrible dolor de cabeza. En su sección dedicada a dar fe de las tragedias cotidianas, el periódico publicaba la estadística de 2,100 homicidios y 3,950 accidentes de tránsito en 1950, así como su alarma ante el creciente número de asaltos en las colonias Buenos Aires, Peralvillo y Santa Anita. En contraste, una noticia donde se hablaba de que en Pasadena, California, ganaba el trofeo internacional Torneo de las Rosas el carro alegórico llamado “El gozo de vivir en México”.

En la Hemeroteca Nacional de México, en su página 17 del jueves 4 de enero de 1951, el periódico *Excelsior* encabeza: “Murió envenenado con barbitúricos”. La nota aparece enfatizada con lápiz por un alguien que, como en un cuento de Lovecraft, se adelantó a buscar datos sobre Barlow. Dice así:

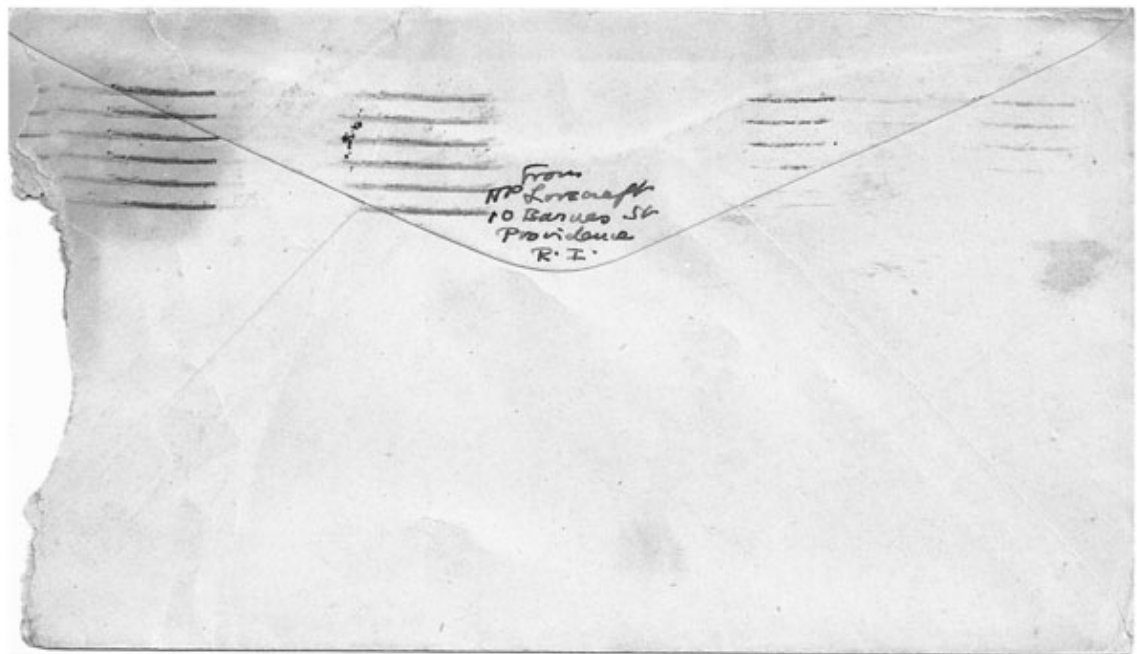
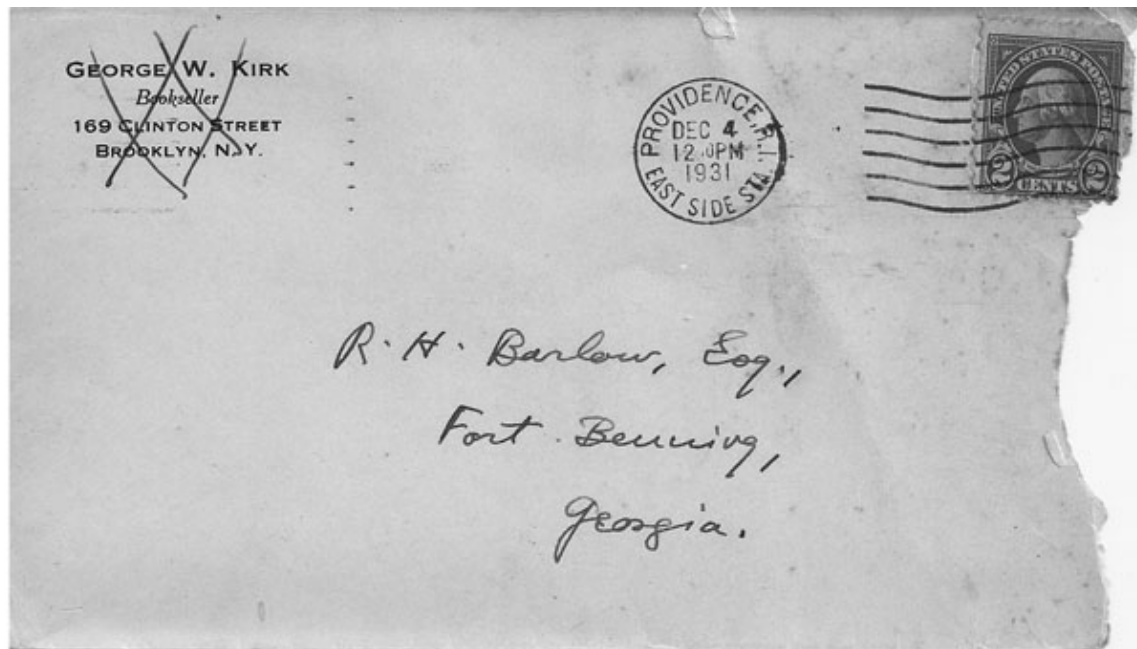
El estadounidense Robert Hayward Barlow, de 37 [sic] años de edad, jefe del departamento de antropología del Mexico City College murió a consecuencia de la gran cantidad de barbitúricos que ingirió. No se sabe si su fallecimiento fue resultado de un accidente—que solía tomar somníferos todas las noches— o si fue intencional. El cadáver fue encontrado, a avanzada hora del martes, en la casa de Barlow, situada en la calle de Santander 37, Azcapotzalco. Dejó un recado escrito en maya, donde ex-

plica lo siguiente: “Eduardo: quiero dormir, a nadie quiero ver”. Robert padecía una enfermedad que le impedía dormir, por lo que se veía precisado a tomar barbitúricos. Además, tenía problemas morales ya que su familia vivía en Florida, E. E. U. U. Fue visto por última vez el sábado pasado, en que citó a sus tres empleados para el martes, a las 6 horas. Cuando se presentaron y llamaron a la puerta, no obtuvieron respuesta. Entraron en sospechas y llamaron a las autoridades. [...] Junto a la cama fue encontrado un frasco vacío de seconales.

Por su parte, la nota de *El Universal*, de ese mismo día, abunda en otros detalles:

#### EN FORMA MISTERIOSA MURIÓ UN ANTROPÓLOGO

Declaró con relación a este caso el teniente coronel del ejército Antonio Hernández Castañeda, de 37 años de edad y que fue secretario particular del antropólogo. [...] afirmó el teniente Hernández que Hayward estaba desesperado de la vida por el hecho de hallarse distanciado de sus parientes y por su situación económica un tanto difícil y no contar con la atención de sus empleados quienes hacían poco aprecio de las observaciones que les hacía para la realización de sus trabajos de orden científico. La policía [...] encontró el cadáver boca arriba, apreciándose manchas equimóticas y cianóticas.



Sobre dirigido a Barlow con el remitente de Lovecraft, 4 de diciembre de 1931

Ambas notas proporcionan elementos para integrar un relato en el estilo del mejor Lovecraft, pero la realidad supera a la fantasía. Barlow pertenece a la estirpe de intelectuales que, como Katherine Anne Porter en el propio Azcapotzalco, D.H. Lawrence en la laguna de Chapala, Luis Cernuda en Coyoacán, Malcolm Lowry en Cuernavaca y Oaxaca, encuentran al mismo tiempo el paraíso y el infierno, su forma de vivir plenamente sobre el mundo. Barlow amaba el sol, y una fotografía, desnudo de la cintura para arriba, lo muestra relajado y alegre, con la constitución y el rostro infantiles que nunca lo abandonaron. Es una fotografía, se nos dice, tomada en Azcapotzalco, ese antiguo reino indígena donde estableció su morada.

Contra la leyenda negra que los primeros historiadores de Lovecraft crearon para hablar de un ser amante de las tinieblas, que corría las cortinas para escribir

con luz eléctrica, el erudito S. T. Joshi ha demostrado, a través de nuevos estudios, que Lovecraft era un ser solar, gran caminante y enamorado del paisaje. Y dotado de un notable sentido del humor, como lo revelan las 159 cartas que le envió a Barlow entre 1931 y 1937. Conforme la conversación epistolar y la confianza avanzan, Lovecraft, tan proclive a acuñar nuevos nombres para sus destinatarios epistolares, bautiza a su joven amigo Ar-Eich-Bei, mientras firma las suyas con el eufónico Eich-Pi-El. Se trata, naturalmente, de nombres formados con las letras iniciales de cada uno. La primera estancia de Lovecraft en la casa familiar de los Barlow, que el escritor bautizaría como Villa Barlovia, duró del 2 de mayo al 21 de junio de 1934. En compañía de Barlow, Lovecraft emprendió la última de sus largas excursiones, que los llevaron hasta Black Water Creek, zona de pantanos donde Lovecraft vio por primera vez los co-

codrilos en su medio natural. Barlow compartía con su amigo la pasión por los gatos. Lovecraft recuerda en sus cartas que su joven amigo tenía en su casa una legión, de los cuales destaca a los llamados Ciro y Darío. El predilecto de Lovecraft era uno llamado High, que “trotaba como un perrito [...] cuando emprendemos nuestras caminatas vespertinas”.

¿Existe todavía la casa donde murió Barlow, en el número 37 de la calle Santander? ¿Por qué no colocar una placa alusiva en el sitio, en una ciudad y un país que es cómplice mayor de los olvidos? Nuestros jóvenes editores han dado un primer e importante paso al publicar estos relatos escritos bajo la tutela de Lovecraft. La mayor parte pueden ser considerados borradores. Sin embargo, como pertenecen al estilo inconfundible del círculo de Lovecraft, aportan elementos valiosos a los devotos de esa mitología. Mención particular merece el relato donde Barlow, fiel al espíritu juguetón de la cofradía, transforma los nombres de sus amigos. La joya de la corona es sin duda el texto que cierra el libro, “El océano nocturno”, escrito íntegramente, de acuerdo con los eruditos, por Robert Barlow. Se trata de un texto que rinde homenaje a esa criatura viva que se puede convertir en amenaza para los más sensibles. Así ocurre en esa vasta sinfonía de horror cósmico llamada “El Wendigo”, nacida de la imaginación de Algernon Blackwood. Igualmente, Barlow logra por instantes aproximarse al poema en prosa en sus descripciones y contemplaciones del mar, como lo hizo el primer Lovecraft y antes de él su maestro Lond Dunsany. El lugar donde transcurren los hechos, Elliston Beach, es naturalmente un sitio inventado, y el personaje, un pintor que recuerda al de Lovecraft en “El modelo de Pickman”, alejado del mundo y sólo fiel a sus pensamientos y su soledad. Nada sucede y todo pasa. El gran personaje es el mar donde sueña el gran Cthulhu, aunque nunca se le mencione.

La amistad del Lovecraft maduro y el adolescente Barlow evoca en más de un sentido la de Verlaine y Rimbaud. Es cierto que Barlow era homosexual, aunque no debe de haber sido ese el motivo de su adhesión a Lovecraft, para quien el sexo, que no aparece en ninguna de sus historias, era en su vida personal más motivo de horror que de satisfacción. Ninguna de las cartas de Lovecraft a Barlow permite vislumbrar un vínculo erótico entre ellos. Aunque existiera entre ellos una homosexualidad latente, su relación era más de padre a hijo. Las primeras cartas dan inicio con un formal *Dear Mr. Barlow*. Cuando el tiempo pasa y la confianza y el afecto crecen, Lovecraft se refiere a Barlow como *son* y se despide firmando algunas de sus cartas como *Grandpa*.

El paralelo de Barlow con Rimbaud puede establecerse igualmente por su precocidad, su pasión inicial por

la literatura y su cambio radical de actividad. Barlow abandona el cultivo de la literatura fantástica, que no la poesía, para concentrarse en el estudio del náhuatl y los estudios de la cultura de los antiguos mexicanos. Se convierte en pionero y figura imprescindible. Culmina su carrera de antropólogo a la edad en que otros la comienzan. Y a pesar de su breve existencia, sus estudios abarcan siete tomos.

A la muerte de Lovecraft, Barlow escribió un poema y otro más al cumplirse un año del fallecimiento. Sin embargo, el texto más emotivo lo fechó el 9 de julio de 1944, ya en la Ciudad de México, cuando la antropología y el estudio del náhuatl dominaban su energía, con la misma intensidad con que lo habían hecho antes el horror y la ciencia ficción. Se trata de un texto que le fue solicitado con premura para ser incorporado como prólogo a una colección de cartas de Lovecraft. Comienza Barlow por revelar que escribe mientras a las puertas de una cantina duerme un grupo de cargadores y desde un radio suena *La virgen de la Macarena*. Todo lo que Lovecraft detestaba. Todo lo que dio materia a sus criaturas. De su maestro, que modeló virtualmente la vida intelectual y muchos de los gustos y hábitos del discípulo, este concluye:

Pero fue mucho más que un escritor de historias [...] Es más importante como un hombre que tuvo la integridad para ignorar la Era de la Máquina [...] tuvo el valor para estudiar y pensar y conversar y escribir, de acuerdo con la profunda tradición de una época más ordenada. Sus profundos conocimientos de astronomía, historia y literatura, así como un abanico de otros intereses, lo hicieron un civilizador entre los bárbaros, un Quetzalcóatl de closet, un Akhnaton encapsulado, cuyo impacto puede apreciarse ya sólo en este volumen de cartas pues, ay, el viento que sobre la hierba sopla no puede ser llevado al interior de la casa.

Para la cofradía reunida alrededor de Lovecraft, la etimología de los nombres propios y sus transformaciones fue uno de los juegos de ingenio que más prolíficamente practicaron. En la vida de Robert Hayward Barlow laten misterios estimulantes que dan comienzo, justamente, con el nombre: Barlow se llama el vampiro en la aterradora novela *Salem's Lot* de Stephen King. Barlowe, con *e* final, es la población más septentrional de Alaska, donde se vive un mes de permanentes tinieblas, escenario ideal para la película *Treinta días de noche*. La banda de vampiros que allí se instala encuentra su mejor coto de caza y al amparo de las tinieblas ejerce plenamente sus poderes. *El nombre es el arquetipo de la cosa*, escribió uno de los mejores, indirectos y contestatarios discípulos de Lovecraft, Jorge Luis Borges. **U**